

LECCION VIII.

DECADENCIA DE LA CONFEDERACION. CONVENCION DE ANNAPOLIS. 1786.

SEÑORES:

Vimos en las últimas lecciones á la América próxima á su ruina, por falta de un poder central; vimos la bancarota, la miseria, la impotencia en el exterior, y por último, la anarquía y los motines interiores llamando la atencion de todos los patriotas, haciéndoles comprender que llegaba el momento de obrar, y que la nacion se perdía si no se acudía á un pronto remedio. La América estaba á punto de fraccionarse en trece Estados particulares; á haberse realizado ese hecho, el pueblo americano no existiría.

Esta es una de las lecciones mas importantes de la historia. Muchos amigos de la libertad se apasionan hasta el delirio, imaginando que basta por sí sola para crear un buen gobierno. A principios del siglo, una escuela, declaraba el gobierno una úlcera, con la cual era menester vivir, dejándole hacer el menor mal posible, porque el poder era por su naturaleza cosa mala y dañina. La libertad, segun esa escuela, debia bastarse á sí misma.

Hé aquí, es uno de los errores que han impedido en Francia el triunfo de la libertad, la cual se halla interesada ante todo, en la existencia de un poder, y voy á daros la razon. Permitidme hacer una comparacion. La vida envuelve para los hombres en primer lugar, condiciones

materiales: beber, comer, dormir, son las mas groseras; pero por mas virtudes que el hombre posea, si no come, no solo es incapaz de hacer nada noble y grande, sino tambien de existir; sucede otro tanto con las sociedades: la primera necesidad de estas, no ya en la esfera de la nobleza, sino en la de la necesidad, es la seguridad, y no existe seguridad sin leyes establecidas, y sin un poder que pueda hacer efectivo el respeto á esas mismas leyes. Es preciso, pues, que la sociedad tenga por delegado un poder que haga ejecutar la ley, que sea la expresion de la justicia, ó á lo ménos de la voluntad y de los intereses de la mayoría. Doquier desaparece este poder, desaparece la seguridad, y la sociedad se anarquiza. Un poder constituido es, pues, la primera condicion de existencia de la sociedad. El error capital que cometemos en Francia al dia siguiente de un triunfo consiste en intentar abatir el poder: creemos que así conquistamos la libertad; lo que conquistamos es la anarquía, y por esto hemos comprometido y perdido la libertad. Tal es la historia de todas nuestras asambleas: rectas eran sus intenciones, todas contaban en su seno excelentes patriotas; pero todas tambien han desconocido esta verdad, que en el dia salta á los ojos despues que hemos visto de cerca lo que es la anarquía. Todas han ido al abismo por el mismo camino. Hay épocas en las cuales el deber de los ciudadanos consiste en defender la libertad, cuando hay exceso de poder: pero en otras es tambien una necesidad defender al poder cuando la libertad se desborda, corriendo á perderse en la licencia.

Sin embargo, la situacion en que se encontraba la América, no tenia la gravedad de nuestra época revolucionaria. La anarquía era política, no social: el motin de Massachusetts fué una excepcion. En todos los Estados existian gobiernos constituidos, una poblacion que respetaba la ley: lo que se encontraba amenazado, era la nacion, no la sociedad. Esto no impedia que los patriotas como Hamilton, Washington y todos los que habian derramado su sangre por la independencia, sufriesen acerbos penas y se viesen obligados á confesar que cuatro años de paz, sin ataque alguno exterior, habian bastado para que la América entregada á sí misma se encontrase á punto de zozobrar.

En estas circunstancias, algunos corazones generosos, y entre ellos el de Hamilton, se decidieron á apelar al país; cosa difícil, porque hay

momentos en los cuales ciertas ideas se hallan ausentes de las naciones. Todos estaban embriagados con la independencia y la libertad. Los celos de los Estados, el mismo temor de la aristocracia, obstaban á que la opinion pudiese ser dirigida: era forzoso crear el espíritu público; esto era obra del tiempo, y cosa delicada en todas las épocas. Tal fué la tarea que se propusieron Hamilton y sus amigos Jay, Madison, y con ellos Washington. A esos hombres debe la América su prosperidad, sus setenta años de bienestar, y una Constitucion que vivirá como un modelo acabado, por haber resuelto el gran problema de constituir un gobierno general, respetando la independencia local.

Terrible era el aspecto que presentaba la crisis; pero los sufrimientos, la misma miseria, podian servir á los patriotas para electrizar el espíritu público, sometiéndolo á la nacion la grave cuestion de la reforma constitucional. Los Estados situados cerca del Atlántico consideraban muy cómodo establecer derechos de importacion sobre las mercancías extranjeras, derechos que pagaban los consumidores, es decir, los habitantes de los Estados que se hallaban distantes del mar. Rhode Island consideraba muy ventajoso el servir de depósito marítimo y vivir á expensas de sus vecinos. Por el contrario, se comprende que Nueva-Jersey, enclavada entre Nueva-York y la Pensilvania, como la Carolina del Norte situada entre la del Sur y Massachusetts, sufriesen extraordinariamente con semejante estado de cosas. El sufrimiento no se limitaba á los Estados ménos favorecidos y mas distantes del mar, ántes se extendia á los ribereños, á los que se hallaban cerca de un brazo de mar y en posicion de infundir celos y rivalidades del mismo género. Por esto era que Maryland y la Virginia no habian podido avenirse respecto á la navegacion del Chesapeake y de los rios que afluan á esa especie de mar interior.

No faltó quien imaginara que los Estados interesados en semejante orden de cosas, podrian celebrar tratados para arreglar sus diferencias sobre el particular. La Pensilvania y el Delaware estaban interesados en la solucion de esta dificultad, y la Virginia, que aparece siempre al frente de toda reforma, pidió en Enero de 1786 se convocase una convencion para arreglar las cuestiones comerciales. Invitáronse á los Estados todos para nombrar delegados, designándose como punto de reunion la ciudad de Annapolis en el Maryland, y fijándose el 1º de

Setiembre de 1786 para la reunion. La eleccion de una ciudad interior tenia por objeto evitar las influencias locales; y el nombramiento de una convencion independiente del Congreso, tendia á no despertar pasiones de carácter político.

Las cuestiones comerciales son en sí mismas poco importantes al parecer; pero hoy sabemos que una cuestion comercial se halla ligada á todo, y no hay duda que la religion, la educacion, las artes, los intereses, se encadenan en la sociedad.

Se creyó la ocasion propicia para obrar sobre la opinion, y uno de los hombres que debian conducirse con mas firmeza y energía, Jay, se dirigió sin pérdida de tiempo á Washington, hácia quien todos volvian sus ojos. Le dirigió una carta exponiéndole la situacion con admirable claridad, y pidiéndole su apoyo. Esta notabilísima carta demuestra cuál era el estado de las cosas, y la penetracion de su autor. Pocos son los hombres que perciben la verdad; pero los que la ven y tienen el valor de defenderla, son los salvadores de su patria. No es el deseo de obrar bien lo que falta por lo comun á los pueblos; no es tampoco la voluntad y el valor; es, sí, el saber lo que se debe hacer en determinadas circunstancias. En las épocas de crisis muchos aprecian bien lo que pasa; pero esto no basta; se necesitan hombres que se atrevan á desafiar las pasiones y los intereses desencadenados. Decir francamente lo que se piensa, lo que es preciso hacer, es muchas veces el servicio mayor que puede hacerse á la patria, y John Jay era un patriota de esta especie. Hé aquí su carta:

«27 de Junio de 1786.

«Mas vale confesar nuestros yerros y corregirnos, que alucinarnos
«y alucinar á los demas con paliativos inútiles, con excusas plausibles,
«pero engañosas.

«Combatir las preocupaciones populares, censurar la conducta de
«los Estados y exponer su incapacidad, es una tarea poco agradable,
«pero que es preciso cumplir. Caminamos hácia una crisis, hácia una
«revolucion ó algo que no preveo ni acierto á clasificar. Esto me trae
«inquieta, y abrigo mayores recelos hoy, que cuantos he tenido duran-
«te la guerra. Durante esta teniamos un objeto determinado, y si bien
«ignorábamos los medios y el dia en el cual lo obtendriamos, yo creia

«firmemente, sin embargo, que lo conseguiriamos á la larga, pues mi
«conviccion era que la justicia estaba de nuestra parte. Hoy pasa to-
«do lo contrario: nos extraviamos, obramos mal; por eso espero des-
«gracias, sin saber cómo vendrán, ni cuál será su intensidad y carácter.

«Sin embargo, no dudo que escaparemos del abismo, y que todo se
«arreglará algun dia. Es imposible que tanto acontecimiento se haya
«concertado milagrosamente para libertar á la América y hacer de su
«pueblo una nacion, y *todo para un resultado fugaz é insignificante.*
«Creo todavía que llegaremos á ser un pueblo grande y respetable;
«pero cuándo y cómo, seria menester ser profeta para determinarlo.

«Indudablemente hay muchas razones para pensar y para decir que
«nos extravian dolorosa y maliciosamente. El egoismo hace olvidar
«toda especie de consideracion general; el grande objeto de nuestra
«atencion son los intereses particulares mas bien que el general. Los
«cuerpos representativos son siempre la copia fiel de lo que represen-
«tan, y ofrecen por lo comun cierta amalgama extraña de virtudes y
«vicios, de cortedad, de inteligencia y de talento.

«El comun de los hombres no es juicioso ni bueno, y la virtud, co-
«mo las demas fuerzas del país, no puede producir resultado, si no se
«encuentra colocada en una atmósfera favorable, y sostenida por un
«poder enérgico y hábil.

«La desgracia de los gobiernos nuevos consiste en que no cuentan
«para sostenerse con los hábitos ni con el respeto hereditario, y en que,
«siendo por lo comun fruto de desastres y de la confusion, no pueden
«adquirir inmediatamente la estabilidad y la fuerza de que indispen-
«sablemente necesitan.

«Ademas, en las épocas revolucionarias hay muchos individuos que
«se grangean la confianza pública, adquiriendo cierta importancia sin
«merecer la una ni la otra. Estos charlatanes políticos se cuidan mas
«de vender caro sus recetas y sus unguentos, que de curar la credu-
«lidad popular.

«Lo que yo temo mas es que el fondo de la nacion (hablo de la gen-
«te industriosa, arreglada, contenta con su situacion y no corrompida
«por la miseria) vaya á dejarse arrastrar por la inseguridad de la pro-
«piedad, por la falta de confianza en el gobierno, por la falta de jus-
«ticia y de buena fé del Estado, llegando á considerar los encantos de

«la libertad como cosas imaginarias é ilusorias. Esas fluctuaciones, «esa incertidumbre perpetua, disgustarán y alarmarán al país sin remedio, disponiendo los ánimos á todo cambio que ofrezca reposo y «seguridad.»

Como lo veis, tenemos que habérmolas con un político de primera fuerza, y como éste habia muchos en América; y á mi juicio, nunca se encontraron en otro país hombres tan familiarizados con la libertad como estos. En otros pueblos y en otros tiempos ha habido individuos que amaron tambien sinceramente la libertad; pero no creo que la comprendiesen mejor que los americanos. Hamilton, Jay, Washington, eran hombres que sin haber hecho profundos estudios, poseian el gran mérito de haber nacido y vivido bajo el espléndido sol de la libertad.

La respuesta de Washington os es conocida, ya os la leí en la última leccion: en ella se indigna de que se empiece á hablar de monarquía. Esta palabra le horrorizaba; no la temia por el momento; pero comprendia que si la anarquía se prolongaba, llegarían á producirse desórdenes, y que el pueblo, temeroso por su seguridad, se acogeria á un poder fuerte. Esa respuesta revela incertidumbre. Washington era tímido por carácter, pero sobraba resolucion á su grande alma. Su correspondencia muestra al hombre que discute, que examina todo, como si cada una de las cuestiones que estudia interesase á su honor en la tierra, y á su salvacion en el cielo; pero una vez discutida la cuestion, su partido está tomado, entónces se muestra un hombre admirable. ¡Jamás presencié el mundo una voluntad mas honrada! Hace algunas objeciones á Jay: «Teneis razon, le dice, pero ¿y qué haremos si el pueblo no nos sigue?» Esta es la cuestion delicada para él: apoyándose en la opinion podia salvarse la América; de lo contrario, se producía un nuevo fermento de discordia, precursor de la disolucion. Natural era dudar ante semejante porvenir.

La asamblea se reunió en Annapolis (1786), pero no hubo número en las primeras sesiones; solo cinco Estados se hallaban representados en ella; muchos habian rehusado el envío de delegados, otros lo habian ofrecido sin cumplirlo; reinaba la desconfianza en todos. Para hombres vulgares esto no significaba sino una nueva desilusion; pero para los patriotas decididos á servir á su país, no hay situacion que

sea bastante mala. Toda reunion en la cual se puede hablar en voz alta, es una oportunidad para dirigirse al pueblo y decirle la verdad.

Hamilton y Jay tomaron una resolucion atrevida: propusieron que en vez de discutir sobre una cuestion insoluble, se dirigiesen al país todo, que se le declarase que la cuestion de comercio no era una cosa aislada; que para resolverla era menester discutir los principios del gobierno mismo, era necesario nombrar una convencion que examinase la materia; pero que en aquella situacion era preciso dirigirse á la nacion entera. En consecuencia, propusieron que el segundo lúnes de Mayo de 1787 se reuniria en Filadelfia una convencion encargada de examinar la situacion y de someter al Congreso las medidas necesarias, á fin de que adoptadas estas luego por el Congreso, se sometiesen á los trece Estados, para que las reformas que se considerasen necesarias fuesen obra del pueblo entero.

Tal sistema de revision no se asemeja á nada de lo que nosotros podemos imaginar: nombrar una comision que tenga un objeto determinado, someter en seguida su trabajo á la discusion del Congreso, y por último, al pueblo de los Estados, era aparentemente un medio demasiado lento y difícil; pero el que lo propuso conocia á los americanos, y era lo mejor que podia hacerse entónces. En el fondo de tales medidas de aparente complicacion, se ocultaba un gran pensamiento que debia salvar la Union, era el siguiente:

¿Cuál era la causa de los sufrimientos? La de no poder entenderse entre sí los Estados y el Congreso. Los celos de los primeros paralizaban al segundo, y sus representaciones eran desoidas por los Estados. Existían, pues, dos poderes en lucha perenne, y no habia razon para que cesasen tan pronto esas rivalidades; al contrario, fácil era prever que los Estados, que eran entidades vivas, acabarían por paralizar completamente al Congreso, cuya soberanía desapareceria ante la soberanía local. Pero como ni el Congreso ni los Estados eran propiamente el pueblo americano, se les podia pasar por alto, ocurriéndose directamente al pueblo. Mas existiendo muchos celos entre los Estados, solo los de Virginia, Pensilvania y Massachusetts se encontraban exentos de ellos. Todos eran americanos, todos participaban del sentimiento nacional; habian combatido juntos, y de esa sangre derramada en comun y por la misma causa, habia nacido el pueblo ameri-

cano. La idea del genio consistia en dirigirse directamente al pueblo y pedirle su propia salvacion. Tal fué la razon del éxito del proyecto de Hamilton.¹

Envióse un manifiesto á los Estados. La Virginia, nombre cuya memoria deben amar los americanos, porque en la revolucion se le encuentra siempre en la primera fila; la Virginia aceptó su partido sin titubear, admitiendo la idea, nombrando delegados y presentando el nombre de Washington como si quisiera recomendar con él la importancia de la materia. Adelantándose por otro lado la asamblea virginiana, expidió ciertas resoluciones y apeló al patriotismo americano. Esta apelacion era urgente: «Conciudadanos, decia, medita entre per-
«deros adhiriéndoos á intereses mezquinos, ó decidiros á salvar el país:
«dejad á un lado esos celos que os arruinan, adoptad medidas para
«que se realice la union nacional, y para que la América sea tan feliz durante la paz, como gloriosa ha sido durante la guerra.»

El manifiesto de la Virginia fué acogido con desconfianza por unos, favorablemente por otros; pero lo que todos se preguntaban era: ¿qué hará Washington? Este vacilaba por escrúpulos que le honran.

Debeis recordar que al separarse del mando del ejército, Washington dirigió una circular á los gobernadores de los Estados, y que en ella daba entre otros consejos, el de reformar el sistema constitucional. Ahora bien, á Washington, el alma mas patriótica, el corazon mas cívico de cuantos han latido en pecho humano, un general que aun dimitiendo el mando, da consejos, le parecia cosa irregular y peligrosa para la libertad. Y en efecto, aconsejar á un país cuando se manda un ejército, podia ser inocente en Washington; pero para otros generales habria sido cosa sencillísima pasar de la insinuacion al hecho, apropiándose el papel de *restaurador*.

Washington, pues, habia justificado su demanda ante su conciencia, diciendo que cuando daba esos consejos, lo habia hecho como si dictase un testamento, retirándose á la vida privada. Solo con la condicion de no ser ya nada en política, habia pensado que le era lícito manifestar su última opinion á su país, sin peligro para la libertad y dando un adios supremo á sus compatriotas.

Por otra parte, temia que el pueblo no se hallase bastante prepa-

¹ *Madison Papers*, tomo II, página 703.

rado para un cambio. Conociendo profundamente las repúblicas, sabia que un paso precipitado despierta desconfianzas en la opinion y compromete la causa que se desea servir: «uno de los inconvenientes de
«las democracias (escribia á Knox), y no el mas pequeño, consiste
«en que es preciso siempre que el pueblo *sienta*, ántes de resolverse
«á *ver*. Solo entónces se resuelve á obrar: de aquí procede la lentitud
«peculiar á esta especie de gobierno.» Observacion profunda: inútilmente se dirá al pueblo, tal cosa es mala, es peligrosa, correis á vuestra pérdida; un pueblo que carece de instruccion bastante, no comprende lo malo de una medida sino cuando amenaza sus intereses: entónces se indigna, se irrita, y por lo general derriba al gobierno que le incomoda. Pero ¿acaso se hallaban las cosas en ese estado? ¿habia sufrido la América lo suficiente? ó por el contrario, ¿no se quejarían de la importunidad de Washington?

En estas circunstancias fué cuando Jay volvió á insistir cerca de Washington, comprendiendo cuán importante era tener de su parte la opinion de este. El general le respondió entónces lo siguiente:

«Estimado señor: Vuestra carta del 7 de Enero se contrae á un
«objeto harto importante, y merece una atencion especial.

«¿La revision del sistema federal, la extension de los poderes del
«Congreso, nos darán un gobierno dotado de suficiente actividad? No
«me atreveria á afirmarlo. Pero lo que nadie puede poner en duda es,
«que la organizacion actual adolece de multitud de vicios é inconvenientes. Sus defectos son tan evidentes, tan sensibles, que ningun
«zonamiento puede disimularlos, pero tampoco modificarlos. Es probable que cualquier correccion parcial sea ineficaz; piénsese lo que se
«quiera, solo servirá para apuntalar un edificio que se desploma sin
«que nadie pueda evitarlo.

«¿El espíritu público habrá madurado acaso suficientemente para
«recibir semejante cambio? ¿cuáles serian las consecuencias de un
«sayo prematuro?

«Mi opinion es que este país debe *sentir* y *ver*, todavía mas de lo
«que ha sentido y visto, ántes de realizar ese proyecto. La sed de poder, el amor de una soberanía bastarda, no sé si diga monstruosa, que
«imperera en cada uno de los Estados, organizará una falange armada
«contra todo ensayo de reforma; y en ella se alistarian todos aquellos